

11 de Setiembre

Estoy en el subte D. Ya el tema circula por todas las voces. En el trabajo. En la calle. Unos aviones se estrellaron contra las Torres Gemelas de Nueva York. Las Torres ya no existen. Nueva York es otra ciudad. Y el mundo es otro mundo. Roma fue atacada por los bárbaros. El Imperio tambalea.

Estoy en el subte y veo por primera vez las imágenes televisivas. Es impresionante. El horror y el espanto se mezclan con la sensación de estar viviendo un momento histórico. Entonces miro mi reloj para registrar cuál es la fecha que recordará por siempre la efemérides. Y la fecha me conmueve: mi reloj marca el 11 de setiembre. Me conmueve no porque sea el día del maestro, ni porque la muerte de Sarmiento me impacte más que otras tantas muertes. Me conmueve porque me recuerda otros humos. Humos que salían de la Casa de la Moneda, en Santiago de Chile, 28 años antes. Humos de un fuego implacable que se devoraba el sueño del primer sistema socialista del mundo elegido democráticamente. Me conmueve porque recuerdo las últimas palabras del Presidente inmolado en aquella acción criminal: “La historia es nuestra. Más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas, por donde pasará el hombre libre, para construir una sociedad mejor”. Y me conmueve porque no puedo dejar de pensar que aquellas bombas, y los miles de chilenos torturados y asesinados en los meses siguientes, no podrían haber sucedido sin el apoyo del Pentágono y Wall Street, los santuarios que ahora, casi 3 décadas después, lanzaban al mundo el destello alucinante de un ataque feroz e inimaginable.

En el capítulo 11 del Génesis, la Biblia nos habla de la Torre de Babel. En aquella época todos los hombres de la tierra hablaban una única lengua. Pero un buen día quisieron construir una torre tan alta como para llegar al cielo. Digamos que aspiraban a convertirse en dioses. Y Dios, que parece ser un tanto envidioso, decidió castigarlos. Dijo Dios: “Ahora descendamos y confundamos allí sus lenguas para que ninguno entienda lo que habla con sus compañeros”. Y así los esparció Jehová sobre toda la tierra y dejaron de edificar la ciudad. Podríamos interpretar la metáfora bíblica: es riesgoso que el hombre quede enceguecido por su ambición.

El mundo siempre fue injusto. Hoy también lo es. Por eso hubo revoluciones. Por eso existió el marxismo. Pero ninguno de los intentos por aliviar la injusticia tuvieron éxito. “El hombre lobo del hombre”, decía Thomas Hobbes. Y Platón llamaba “thymos” a la pasión humana de diferenciarse de los otros. Esta necesidad de diferenciarse suele desembocar en una poderosa voluntad de coacción y avasallamiento. Los Estados Unidos han logrado diferenciarse del resto de las naciones, y al mismo tiempo han desarrollado un inmenso aparato económico, militar y cultural para “globalizar” y licuar las diferencias de los otros. Han conquistado y avasallado. Y han construido sus torres, como los hombres del génesis, para llegar al cielo, y para unir al mundo detrás de su única lengua.

Pero hay otras lenguas. Hay miles de millones de marginados que no creen en las torres. Que inventaron sus propios fanatismos, que no les importa un comino la cultura occidental, ni la “democracia”, ni el capitalismo. Que no tienen nada que perder, más que sus vidas. Y se suicidan a bordo de aviones americanos. Y mueren miles de inocentes.

¿Cuál es la salida? El presidente norteamericano, estimulado por la inmensa mayoría de su pueblo, prepara la venganza. Prepara la venganza de la venganza. Y no entiende que luego vendrá la venganza de la venganza de la venganza. Habla de Estado de Guerra, y no entiende que la guerra no debe ser la de Occidente contra un miserable país del norte de Asia llamado Afganistán, sino de toda la humanidad contra el aspecto más terrible de la condición humana: la necesidad de dominar a los otros para ser felices.

Es una guerra difícilísima, pero dijo Bernard Shaw:
“Muchos hombres observan las cosas que existen y se preguntan por qué, yo sueño cosas que nunca existieron y me pregunto por qué no”.